

## "El aca del señor Esteve"

Es el señor Esteve un buen aficionado a la pintura, algo entrado en años y retirado ya de los negocios.

Desde su adolescencia adquirió sus aficiones artísticas, cuando acompañado de sus progenitores, luego de salir de «misa última» en la iglesia del Pino, de Barcelona, pasaban por la tortuosa, angosta y concurrida calle de Petritxol, donde además de adquirir el clásico «tortell» de los domingos, entraban, cual en otro templo, en la Sala Parés, en la que toda una generación barcelonesa formó su gusto artístico, extasiándose ante las obras de Brull, Graner, Urgell, Tamburini, Román Ribera, Meifré, Clarasó, Casas, Rusiñol...

Laméntase el señor Esteve de que haya hoy tantas salas de exposiciones y tan dispersas por todos los barrios de la ciudad, hasta el extremo de que se vea obligado a tomar un taxi el día que decide visitar algunas.

Este señor Esteve, además de aficionado al Arte, es consumado maestro en el de componer «aleluyas». Y así, en esta rudimentaria forma poética, va anotando en sus cuadernos sus impresiones críticas, sus breves y desapasionados comentarios.

Deseosos nosotros de dar en esta sección todo aquello que pueda resultar inédito e interesante, y antes de que cualquier otro periodista o crítico de arte se nos adelante, hemos visitado recientemente al señor Esteve en su casa-torre cercana a los «Josepets» - Vallcarca -

Fué cordial la entrevista - cuyas circunstancias y ambiente no detallamos por falta de espacio - y en ella fuimos autorizados para copiar y hasta publicar algunos de sus «redolins», cosa que seguramente habrán de agradecer los leyentes. Todos ellos hacen referencia a muy conocidos artistas, sin olvidar los más populares en esta comarca.

Prieto, con pintura adusta a las mujeres asusta.

Al pintor Pablo Picasso no le hacen ya tanto caso.

El gran escultor Clará a todos admirará.

La pintura de Grau Sala ni es muy buena ni es muy mala

De Carles serán las flores siempre sus obras mejores.

De Humbert no digamos nada, ¡es el maestro de la «aguada»!

Pintura de Pere Pruna hay, que vale una fortuna.

Siempre queda muy bien Serra con asuntos de esta tierra.

Pinta Benjamín Palencia más que con Arte, con Ciencia.

# ANCORA

SAN FELIU DE GUIXOLS, 5 OCTUBRE DE 1950

## Un oportuno grito de alerta

**7 DIAS** El más conspicuo de nuestros humoristas comentaba no ha muchos días una de nuestras peores plagas: la actual literatura infantil, abocada a las más negras simas de la falta de inteligencia, sensibilidad, moralidad y buen gusto.

No concibo como no existe una censura rigurosísima para las historietas gráficas de semanarios infantiles. Es impresionante echar una ojeada a algunos de ellos. Cuando no es el lenguaje grueso de la calle es el tópico de los films de violencia puesto en boca de personajes siniestros, de intenciones torvas, a los que la policía captura al fin, pero no sin que antes hayan tenido ocasión de patentizar más bravura, ingenio y desplantes que las fuerzas del bien. Tengo para mí que la delincuencia infantil, acrecentada estos últimos años, se nutre del clima maloliente de estas historietas gráficas tanto o más que del mal cine. Porque es lo cierto que lo que entra por los ojos es terriblemente operante. Y en estas historietas la parte gráfica es lo principal: hombres con capuchones que avanzan por los pasadizos de fábricas desiertas, donde se hallan unos laboratorios con doctores criminales y ayudantes deformes, de velludas y afiladas garras... Estranguladores a sueldo, heroínas bellas y demasiado provocativas... la brutalidad más desatada y el más inclemente terror hermanados. Y aun hermanados sin ninguna apariencia de bondad formal, antes realizada la parte gráfica por dibujantes pésimamente pagados y de tan escaso ingenio como puchero. La moda

tes, cual si el baño de la mañana las hubiese librado del hábito que muy a menudo las circunda. Incluso al poder contemplar tan distintamente sus recónditos parajes, me dieron la impresión de que habían acortado las distancias que nos separaban, como si vinieran a decirme: «hoy que nos dejás para volver otra vez junto a tu amigo el Mar, queremos mostrarte toda nuestra belleza, sin velaciones que la disimulen y recordarte una vez más también, que aquí has encontrado para tu espíritu una paz bien serena, como da fe de ello aquella cruz que habrás visto en una de nuestras cumbres más elevadas. Y si el mar, en su incesante vaivén te

de la novela «negra», que ya comienza a declinar en el extranjero, parece como si quisiera adueñarse de nuestro clima entrando por la puerta infantil. Es una desastrosa infamia. Los esfuerzos, de algunas editoriales y revistas aisladas por encauzar nuevamente el gusto infantil por sendas de sencilla gracia y sano ingenio: ¿están destinados al fracaso? No quiero creerlo...

...Pero si apunto hacia unos principales responsables: los padres. Su voz pianidera se ha dejado oír con demasiada debilidad. No ha sido un clamor unánime. Se han quejado, concluyendo, en la mesa del café, que es donde las palabras son más vanas. No ha habido en cada provincia una cruzada de padres de familia que, sobre protestar públicamente, hayan decidido sacrificar una taza de café semanalmente para patrocinar así una posible revista infantil para sus hijos. Personas desinteresadas hay que se brindarían a trazarla. Que, a fin de cuentas, todavía hay corazones que echan el resto.

Actualmente el niño que se acerca a un quiosko se acerca, con frase feliz, a «una fuente envenenada». El papá sonríe, se encoge de hombros y dice que esto no tiene remedio, que es la psicosis de guerra y violencia en que vivimos... ¡Sí, tiene remedio, qué caramba! ¡No tanto hacer el juego del avestruz, que se trata de algo muy sagrado! Y hay cosas que con igual rapidez se solucionan desde arriba que desde abajo. Mientras el arquitecto no inspeccione el edificio, taponemos nosotros buenamente las grietas,

J. V. A.

llenara de zozobras y más en la época veraniega, acuérdate de nosotras que quizás te traigamos un poco de reposo a tu espíritu, tan necesitado para los hombres.»

Ya en el atardecer, antes de penetrar de lleno en el valle, cuando ya presentía la brisa del mar en mi ser, volví mi rostro aún para dirigir como un adiós, una postrera mirada a las ya lejanas montañas y pude contemplar todavía su silueta recortada en el cielo de aquel crepúsculo vespertino. Y fué entonces cuando me dí cuenta, de que había ganado para mi espíritu unas amigas tan grandes en su magnificencia, como altas eran en su forma.

LORENS

## Elogio de las montañas

Mi encuentro con las montañas acaeció recientemente, en un viaje que realicé a un pueblecito enclavado en el centro de las Guillerías. Hombre habituado con el mar, nunca había puesto mi atención en los paisajes de la alta montaña y casi confieso que ya no admitía otra naturaleza que pudiera competir con el mar y sus costas. Había contemplado, si, alguna que otra vista montañesa, mas esta contemplación no se había adentrado en mi espíritu. Hasta llegaba a comparar entre uno y otra y siempre propugnaba por el primero.

Mas ahora ya no puedo seguir diciendo lo mismo; se me dieron a conocer los altos caminos y me cautivaron; me salí de mi indiferencia para terminar con este Elogio de las Montañas. Rincones elevados donde la paz se mantiene fresca como la misma brisa que los acaricia. Moles imponentes, que conforme os vais acercando a ellas, parece que se levantan para, a su vera, protegeros de los embates del valle. Cubiertas de un verde lozano, os atestiguan que en sus entrañas corre una fuente de vida fecunda cual en tiempos que fueron.

En los cuatro días que duró mi estancia en sus dominios, no hice otra cosa que ir al encuentro de las montañas para poder contemplar todo su esplendor. Unas veces, sus laderas eran acariciadas por una neblina que disipábase poco a poco mientras avanzaba el día. Otras, sin obstáculo que se interpusiera entre nosotros veía como sus picos recibían los primeros rayos del amigo Sol, cual un beso matutino. Otro día las busqué ansioso penetrando mi mirada por el muro denso de la niebla que las cubría por entero, como si temiese perderlas y un viento bienhechor, cual si presintiese mi angustia, barrió en poco tiempo toda aquella importuna barrera.

¡Que inmensa y profunda belleza en las altas montañas! Y con todo, el hombre aún se atreve a profanar la paz aquella. Alguna vez se oía en aquellas profundidades el estampido de algún disparo, producto de una afición a un deporte nada humano y el eco de las montañas, cual una acusación a la maldad del hombre, devolvía a los cuatro vientos aquel estampido.

La despedida de las montañas tuvo lugar en una tarde límpida de este otoño. Se me ofrecieron a la vista, después de haber estado ceñidas toda una mañana por densas nubes y la lluvia haberse abatido sobre ellas. Y en aquella tarde de septiembre, mientras rodaba hacia el llano, cual si adivinaran mi triste contemplación y quisieran gravarse en mi mente, surgieron más sugestivas que nunca, más verdes, más radian-